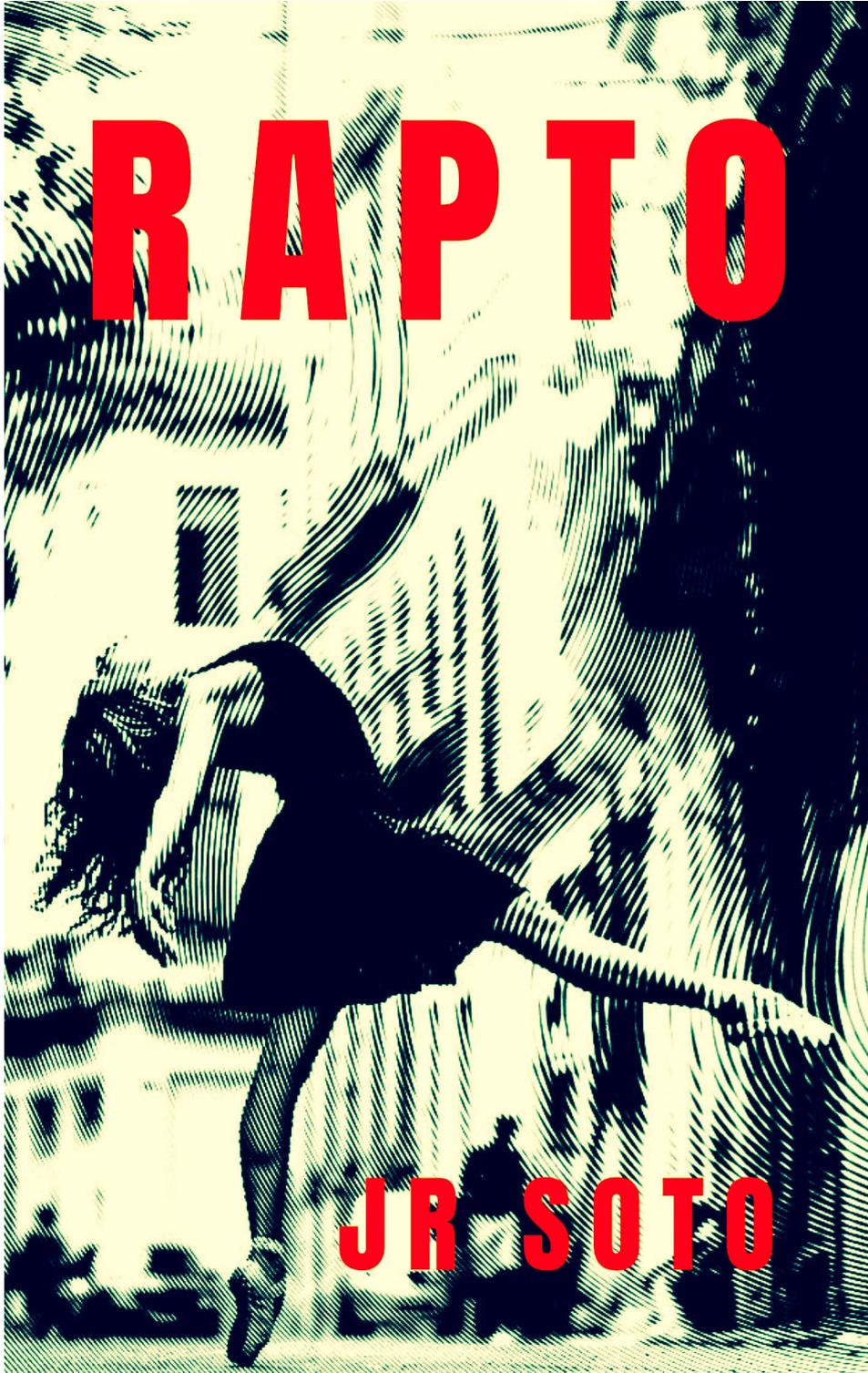


Rapto

JR Soto



Capítulo 1

8 de abril, 2016 - 6:10 pm

Mierda de endemoniada isla.

La humedad le estaba creando una erupción rojiza entre los pechos.

Hacía ya tres días que Sarah había llegado a Cuba y aún no se acostumbraba al calor. Por las noches sentía que se ahogaba y varias veces se había despertado en su litera, con la clavícula empapada y boqueando como un pez. Aquella casona colonial de principios de siglo, que ahora fungía como Escuela del Ballet Nacional de la provincia de Camagüey, no tenía ni aire acondicionado; y aunque afuera la brisa campestre era fuerte, llegaba al segundo piso anémica y a cortos intervalos.

Había llegado el martes por el aeropuerto José Martí y luego de un viaje de seis horas desde La Habana, las manos le temblaban, exigiendo su dosis diaria de nicotina. No había podido fumar en el Cadillac del cincuenta y siete, cuyos asientos de linóleo cuarteado apestaban a gasolina, apretujada en la esquina del asiento de atrás junto a una pareja mestiza y tres niños que la observaban como a un insecto extraño.

Los cubanos distaban de ser como los norteamericanos. Escudriñar a otra persona parecía no ser mala educación porque aquí todos le miraban fijamente a los ojos, observando cada uno de sus gestos con total desparpajo. De inmediato había añorado la privacidad que le brindaba la ciudad de Nueva York, donde todos caminan como robots, con la mirada al frente, hipnotizados por sus propios pensamientos, sin mirar a nadie.

Los maestros habían improvisado una nefasta recepción para los estudiantes extranjeros y ella siempre había odiado las fiestas y los agasajos.

De niña, su padre, le obligaba a saludar con un delicado apretón de manos a cada uno de los visitantes de las reuniones que hacía los domingos en la casa de los Hamptons. En esa época era delegado de la ONU y a sus reuniones llegaba la crema y nata de los políticos, artistas y vendedores de acciones de la bolsa de "Wall Street". Entonces la sirvienta sacudía las alfombras y su madre ponía flores frescas, sacaba a relucir los manteles blancos y las servilletas color pastel.

Sarah correteaba dentro de un mundo acuarela, dejando una estela de muebles patas arriba y jarrones rotos, siempre escoltada por su cachorro

de Basset Hound, Lucy.

Hacía su mejor esfuerzo por complacer a su padre, y cumplir con su rol de princesita, pero casi siempre terminaba asustándose con las sonrisas de los invitados. Aquellas eran falsificaciones de sonrisas. Muecas simiescas, pétreas, almidonadas. Labios entumecidos, que proferían carcajadas mientras los ojos permanecían álgidos como piedras de río. Entonces corría a esconderse en su casa en el árbol, y su padre tenía que llamar a su niñera, Hilda, para que la fuera a buscar. La sensación de que los huéspedes eran versiones de sus muñecas "Blythe", cuyos ojos parpadeaban mecánicamente pero dentro de las pupilas no habitaba nadie; le había durado toda la infancia y por años no se atrevería a mirar a ningún adulto a los ojos.

"Anda con quien te aporte, no con quien te quite" decía continuamente su padre Marcus Frasso, pero ella nunca le entendió. ¿Por qué no andar con el menospreciado, el pobre, el tonto de la clase? ¿Por qué siempre querer ganar? ¿Y ganar qué, si a fin de cuentas todos nos vamos a morir y cada logro se va a convertir en una sombra?

Su padre era un hombre recio al que solo le interesaban las cosas prácticas y calculadas. Enamorado desde niño de los retos, había logrado un J.D en la Universidad de Yale. Aún a los sesenta años de edad, corría triatlones, manejaba un Porsche 911 y chapurreaba cuatro idiomas. Invitaba a su casa, única y exclusivamente a personas que podían aportarle algo.

Sarah suspiró profundamente sin darse cuenta. ¿Y qué podía ella haberle aportado a su padre por los dieciocho años que vivieron juntos?

Nada.

Solo le había causado problemas desde pequeña, peleando con sus amiguitas, discutiendo con los maestros y matando a Lucy. La nube de pensamientos se disolvió rápidamente pero ya le había dejado un sabor amargo en la boca.

La gente gritaba a su alrededor. Los cubanos eran decididamente demasiado escandalosos para ella. Se recogió el pelo y pensó en su mamá.

Gracias a Dios su madre era todo lo contrario de su padre. Silvia Needleman era una bailarina reconocida en todo el mundo y para ella solo existían las cosas esenciales. Vivía para bailar, dormir, tocar el piano, cultivar orquídeas, beber buenos vinos y visitar el Museo de arte moderno de Nueva York.

Sarah la había aplaudido en la Royal Opera house de Inglaterra, en la Fenice y por supuesto en El Met. "Little Silvia" como le decían los amigos de la casa, se había convertido en un precioso adorno de cuatro años que los relacionistas públicos usaban para enardecer las pasiones del público, cuando al final de cada función subía al escenario con un ramo de rosas rojas y se las entregaba llorando a su madre.

Silvia Needleman solía decir que en la vida, solo el arte y los viajes tenían sentido. Solo esas dos experiencias podían hacer crecer a un ser humano sin que este tuviera que esforzarse. Todo lo demás había que pagarlo con mucho sufrimiento. Desgraciadamente su mamá había muerto cuando Sarah tenía seis años.

Y ahora de vuelta a las andadas. ¿Qué hacía ella en la quinta porra de un país tercermundista? Buen trabajo Sarah. Lo volviste a hacer.

En vez de aperitivos, habían servido unos frijoles rojos, carne de cerdo y una cosa insípida llamada yuca en salsa de ajo. Todo en una pequeña cajita de cartón que se le había deshecho lentamente entre las manos. Ella seguía una estricta dieta vegana, baja en calorías, y gluten free consumida en varios cafés de alta cocina, localizados alrededor de la avenida Ámsterdam. Lugares donde un Tahini Sprout Sandwich podía costar hasta treinta y dos dólares más la propina. Había probado un solo bocado del lechón, porque tenía un hambre atroz pero no le había sentado bien pues segundos después había dejado escapar un pedo silencioso tan mortífero que se había tenido que desplazar a otro rincón del patio para evitar ser descubierta.

Pero lo más degradante era que se había percatado de que varias maestras habían envuelto parte de aquel bodrio en bolsas plásticas y lo habían guardado en sus carteras. Ahora algunas de ellas cuchicheaban, amontonadas al pie de la escalera del patio. Sarah se las imaginaba con aquellos atuendos chillones, burlándose de ella, en reuniones donde era el tema central de conversación.

Se había equivocado. No tenía absolutamente nada que hacer en esta isla aparcada en una esquina del tiempo. Todo era arcaico, primitivo, y nada funcionaba normalmente. Conectarse al internet era como una misión de la NASA y recordaba con horror cómo a su llegada al aeropuerto en vez de utilizar la estera, un dependiente muy burdo había amontonado las maletas en el centro de la sala de espera, en busca de propinas. Nada que ver con lo que pensaba su mejor amiga Alice y algunos chicos de su clase que abogaban fervientemente por el socialismo.

En el fondo de su subconsciente, en ese lugar donde a veces uno se dice a sí mismo la verdad reconocía haber venido solo para molestar a su padre. Ni le gustaba esta escuela, ni se identificaba para nada con este tipo de

gente de baja estofa. Ninguno de ellos podría aportarle nada, jamás.

Por un momento Sarah cruzó la mirada con el director, y sintió una punzada en el pecho. Se levantó de su silla como expelida por un resorte.

Ya eran las siete de la noche, el sol había comenzado a esconderse, y el calor iba siendo desplazado por una agradable ventolera con olor a monte.

Sarah le preguntó a una chica donde quedaba el baño, pero al llegar, se escabulló por un pasillo contiguo que desembocaba en las aulas de Francés. Allí había una pequeña puerta blanca con pestillos de hierro forjado a la vieja usanza. La abrió y salió al jardín de atrás. Celebrando su fechoría saltó el muro que se rehusaba a desmoronarse en el patio y se fue alejando poco a poco de las futuras luminarias del ballet clásico, que restregaban sus cuerpos impudicamente, frotándose al ritmo de una canción de los Van Van. "Somos cubanos, español y africano, Somos la mezcla perfecta, la combinación más pura. Cubano: La más grande creación...." Una chica famélica osaba cantar la canción sobre una pista de Karaoke. La chica trataba de no moverse pero el micrófono se retroalimentaba creando horribles estridencias que hacían que la bocina tronara y reptara por todo el patio.

De cuando en cuando los profesores sermoneaban a los alumnos para que se despegaran, pero en cuestión de minutos, los cuerpos sudorosos se volvían a adherir como si estuvieran imantados.

Sarah se fue alejando de la escuela mientras el sol empezaba a esconderse.

Capítulo 2